

frecuencia también gracias á fuertes murallas y á su valor, los ciudadanos de las ciudades del Mediodía habían conservado y desarrollado una civilización muy superior á la de la Francia septentrional; se habían aprovechado también del comercio de los Arabes para renovar sus artes, aumentar sus conocimientos y ser en Europa iniciadores para las ciencias y para los trabajos del pensamiento. Su hermosa lengua, que había de decaer pronto durante siglos en la condición de dialecto, era una de las más elegantes y mejor formadas entre los idiomas románicos, y, aun fuera de las comarcas tolosanas y provenzales, adquiría una especie de superioridad: podía esperarse que sucediese al latín como lenguaje de los letrados. Habiendo abierto las inteligencias, las « herejías » ó lo que así denominaban los católicos, se osaba discutir, en los castillos y hasta en la plaza pública, los dogmas y las creencias, y se había podido llegar á verdaderos concilios del pensamiento libre ó emancipándose á medias.

Lo que perjudicaba á las ciudades del Mediodía en sus tentativas de emancipación completa, es que miraban hacia el pasado como la Roma de Arnaldo de Brescia: daban demasiado importancia á su organización urbana municipal, se complacían orgullosamente en el formalismo tradicional de sus ceremonias y no estaban animadas del nuevo espíritu que los intereses comunes de la industria y del comercio daban á las ciudades de la Italia lombarda y á las del Norte de Europa. La vida moderna no pudo producirse con suficiente impulso en ese medio obstruido por las ruinas de la civilización romana. Por otra parte, si el feudalismo afectaba en el Mediodía de las Galias un carácter menos brutal que en el resto del país, debíase siempre al poder de algunos que tenían intereses personales absolutamente contrarios á los de sus súbditos y que disponían de grandes recursos de dinero añadido á su prestigio.

Otro hecho de orden geográfico contribuía también á disminuir la fuerza de resistencia de las poblaciones del Mediodía, consistente en que no presentaban un conjunto bien dispuesto para la defensa; al contrario, su territorio estaba por los dos lados, del Este al Oeste, completamente abierto á los ataques del exterior, y, hacia su centro, de tal modo se hallaba estrechado, que las comunicaciones llegaban

á ser difíciles entre los mismos defensores del país. Del lado de Provenza y de Nimes, el valle del Ródano, y del lado de la Guyena, el valle del Garona, formaban verdaderos embudos donde podían engolfarse los invasores, mientras que á la mitad de la distancia de esas dos amplias puertas, la arista que reúne los campos del bajo Aude á los del Hers en la cuenca garonesa se reducían á un verdadero desfiladero: Tolosanos y Albigenses, separados por cadenas secundarias, no podían acudir en socorro de los Biterrenses, ni, en caso necesario, ser socorridos por ellos. El mismo relieve del suelo, protector durante mucho tiempo de los Meridionales cuando el ataque era desordenado, proclamaba, por decirlo así, la futura victoria de la Francia del Norte. El gran macizo de las tierras altas, que avanza en punta hacia el Sud, que apenas deja á las gentes del Languedoc un estrecho camino de ronda entre los Cevennes y las estribaciones de los Pirineos, indica retrospectivamente cuál había de ser el término de la guerra llamada de los « Albigenses ».

A las primeras amenazas de la tempestad que la cólera del papa y de los frailes contra los herejes iba á desencadenar sobre el Mediodía de Francia, el pueblo cándido comenzó por poner su confianza en el príncipe feudal, imaginándose que éste representaba en su persona todos los intereses, todos los votos de los que le rendían homenaje; pero, aquí como en tantos otros lugares, el primer traidor á la causa de las poblaciones del Mediodía fué precisamente el hombre encargado oficialmente de la protección común y de la salvación de todos. Raimundo V, el conde de Tolosa, asustado del porvenir por las amenazas del clero, llamó á los frailes de Citeaux para defender la ortodoxia contra sus propios súbditos; después, reconociendo « la impotencia del cuchillo espiritual », recurrió al « cuchillo material » de los reyes de Francia y de Inglaterra. Sin duda fué servido á medida de sus deseos, mas como, después de todo, no quiso consentir en ser despojado de sus Estados, ganó con ello ser excomulgado « como hereje y fautor de herejes ».

Después de él, su hijo Raimundo VI, dominado por el miedo, empleó su reinado en desorganizar la resistencia de sus pueblos contra el extranjero, y, naturalmente, por premio de sus cobardías, sólo obtuvo la suprema vergüenza de haber de ser el verdugo al

servicio de sus vencedores. Una liga de los municipios de Languedoc y Provenza ofreció ciertamente una resistencia mucho más eficaz, si no se hubiera visto obligada á contar con las debilidades, las vacilaciones y las mentiras de sus deplorables señores feudales.

El violento pontífice Inocencio III no había de guardar consideraciones á un Raimundo VI. La persecución de los herejes fué organizada oficialmente en la misma Tolosa, delante de la residencia del conde, y dos frailes de Citeaux, nombrados «jueces de las herejías», llegaron á ser los verdaderos dueños de la ciudad: fueron los primeros inquisidores, los que fundaron, para un período de más de seis siglos, el terrible tribunal de los calabozos, de los tormentos y de las hogueras. A los frailes armados del cuchillo espiritual, se unieron el legado del papa, Pedro de Castelnau, y el fanático misionero «hermano Domingo» ó Domingo, canónigo de Osma, «el más humilde de los predicadores», según decía él mismo, pero uno de los que hablaron más alto en nombre de la voluntad divina. Ese primero de los dominicos fué ante todo un maldiciente. Los equívocos y las coincidencias fortuitas de nombres tuvieron siempre una gran parte en las impresiones que recibe la multitud y que fijan sus leyendas durante mucho tiempo. Así el perro simbólico de los dominicos—dominicanos *Domini canis*—justificaba en la imaginación popular los ladridos y los furiosos asaltos de los frailes blancos contra todos los herejes; del mismo modo que fué Pedro reputado como el fundador de la Iglesia porque todo edificio reposa sobre una «piedra angular». *Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo.*

Pero la obra de purificación no avanzaba con suficiente rapidez, y entonces, en 1207, fulminó Inocencio III su última amenaza contra Raimundo, admirable ejemplo de lenguaje diplomático de la época: «Si Nos pudiéramos abrir tu corazón, en él encontraríamos y te haríamos ver las detestables abominaciones que has cometido; mas ya que tu corazón parece más duro que la piedra, difícilmente se podrá penetrar en él tocándole con las palabras de salvación... No obstante, aunque hayas pecado gravemente lo mismo contra Dios y contra la Iglesia que contra Nos en particular, te advertimos y te mandamos que hagas una pronta penitencia, proporcionada á tus faltas, para que merezcas obtener los beneficios de la absolución.



Cl. Bonfils.

JERUSALEM.—CALLFJUELA ASCENDENTE AL PALACIO DE HERODES

Si no, como Nos no podemos dejar impune una injuria tan grande hecha á la Iglesia y aun á Dios, sabe que Nos te haremos quitar los territorios que posees de la Iglesia, y, si este castigo no te concentra en ti mismo, Nos excitamos á todos los príncipes vecinos á que se alcen contra ti, como enemigo de Jesucristo y perseguidor de la Iglesia, con permiso cada uno de ellos de retener todas las tierras que pueda quitarte, á fin de que el país no sea más infectado de herejía...»

Ese permiso de pillaje concedido á los vecinos fué más eficaz que los reproches, los anatemas y las plegarias. La cruzada predicada contra el Mediodía de las Galias fué ante todo un negocio al que la herejía sirvió de pretexto: así es como en nuestros días todos los conquistadores europeos de países de Africa ó de Asia dan á sus apetitos y á sus especulaciones bellas razones de humanidad, que no engañan á nadie. Muchos aventureros se presentaron, pero necesitaban soldados mercenarios, ¿y cómo hallarlos sin un gran botín? Porque la fe era por sí misma insuficiente para estimular su celo. Si miles y miles de herejes



Museo del Prado.

AUTO DE FE PRESIDIDO POR SANTO DOMINGO DE GUZMÁN
pintado por P. Berruguete.

res europeos de países de Africa ó de Asia dan á sus apetitos y á sus especulaciones bellas razones de humanidad, que no engañan á nadie. Muchos aventureros se presentaron, pero necesitaban soldados mercenarios, ¿y cómo hallarlos sin un gran botín? Porque la fe era por sí misma insuficiente para estimular su celo. Si miles y miles de herejes

«cataros», «patarinos» ú «hombres buenos» tenían sobre la naturaleza espiritual del «Hijo de Dios» opiniones en discordancia con la de los preladados, no era suficiente para excitar el furor de las masas profundas de las poblaciones de Borgoña ó de la Isla de Francia; necesitaban razones más substanciales. Ahora bien, el Mediodía era rico: sus industrias le habían convertido en gran núcleo de atracción para los tesoros del mundo mediterráneo, y dirigiéndose á las gentes de bandidaje, á los salteadores de toda especie que habían surgido de las guerras feudales y de las expediciones de Oriente, dando á sus crímenes pasados y futuros la absolución papal, acompañada de la certidumbre de alcanzar la gloria eterna, Simón de Montfort, Foulques, el obispo trovador, y el feroz Dominico pudieron reunir en su rededor bandas suficientemente numerosas para atacar los poderosos municipios del Mediodía. Por lo demás, bandidos y malandrines llamados de todas las comarcas de Europa, hasta del fondo de Alemania, no habían de hacer más que seguir en país cristiano las tradiciones de rapiña y de asesinato aplicadas en país musulmán. La empresa había de llevar también el nombre de «cruzada», beneficiar de las mismas preces y excitaciones que la marcha á la liberación del Santo Sepulcro y suministrar á los combatientes la misma parte de tierra y de botín. «Todo hombre, por cierto que esté de su condenación eterna», obtendría su perdón por el solo hecho de su participación en la matanza; pero podía también — lo que sin duda sería más precioso á sus ojos — conquistar sacos de monedas contantes y sonantes — con que comprarse una señoría — con el asalto de alguna rica ciudad de patarinos, y hasta de una ciudad de buenos católicos, siempre que hubiera un pretexto de captura.

¡Cuántas veces se han repetido, bajo formas poco variadas, las famosas palabras del fraile de Citeaux, excitando á la soldadesca á la matanza de Beziers: «¡Matad, matad; Dios reconocerá á los suyos!» Se mató en grande; después de las batallas y las conquistas vinieron las operaciones fructíferas del fisco y de la Iglesia: confiscaciones por causa de herejía, impuestos, multas, venta de feudos civiles y eclesiásticos. En el arreglo de cuentas era fácil entenderse con los señores y los barones, porque el pobre pueblo pagaba las diferencias, pero contra las ciudades, contra los municipios

en que había alentado el espíritu de libertad, las venganzas fueron crueles¹. La franca iniciativa del individuo: ¡he ahí el enemigo!

Con esas diversas vicisitudes, la guerra duró veinte años, y hasta se pudo creer que Raimundo VII, hijo del lamentable conde que se había sometido á la vergüenza de ser públicamente azotado por orden del papa, acabaría por reconquistar la herencia paternal; pero todo ello fueron éxitos efímeros, y aunque los señores feudales del Languedoc hubiesen quedado los dueños nominales de esas provincias en lugar del rey de Francia, la situación hubiera sido igualmente desastrosa, porque en el país arruinado las industrias



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

VISTA ANTIGUA DE TOLOSA

estaban destruidas. Por tercera vez, después del triunfo del cristianismo, los fanáticos salteadores del Norte se avalanzaron sobre la desgraciada ciudad de Tolosa para despojarla de su tesoros y degollar á sus habitantes. Por tercera vez, después de los Francos de Clodoveo y los Austrasianos de Carlomagno, los que se llamaban ya los Franceses hicieron brotar del suelo la fuente de sangre que, según la leyenda, aparece de era en era sobre la plaza del Capitolio tolosano. Aunque destinada á tan terribles aventuras, la gran ciudad del Mediodía ocupa ciertamente un sitio demasiado á propósito como centro de cita, por lo que no deja de levantarse después de cada desastre, soberbia metrópoli de toda la comarca entre Aude y

¹ *La Croisade contre les Albigeois*, edición Mary-Lafon, Introducción, p. 28.

Girona; pero perdiendo su libertad, la ciudad perdió lo que hace la vida honorable y digna. En lo sucesivo los vencidos quedaban despojados del derecho de pensar, puesto que la Inquisición les dominaba, sometiendo á la vigilancia y á la delación las menores manifestaciones de la palabra. De rabia por haber dejado muertos exceptuados del suplicio, los «hermanos» inquisidores se ingeniaron hasta quemar cadáveres, después quemaron cuerpos vivos «á la gloria de Dios, de Jesucristo y del venerable Domingo». Bernard Guy, el autor de la *Pratica* de los inquisidores, manual de los interrogatorios y de las sentencias, se jactaba de haber quemado 630 herejes en seis años (1217 á 1223), de haber atormentado y emparedado á miles. Para evitar que la juventud destinada á las funciones llamadas liberales pudiera aventurarse en las vías del pensamiento libre, se instituyó la pretendida «universidad» de Tolosa, establecimiento en que lo que se llamaba ciencia había de ser domesticado al servicio de la ortodoxia. Y, como por irrisión, en la misma época en que se fundaba esa grande escuela, la lengua desaparecía: el idioma delicioso de los trovadores se repartía en dialectos de términos torpes y balbucientes¹. Una de las últimas obras tolosanas fué el bello poema de la «Cruzada contra los Albigenses», compuesto por un desconocido en 1210: «*Quand blanchit l'aubépine...*» (Cuando blanquea el espino albar...).

Cataluña y Aragón no perdieron menos que Provenza y Languedoc en el rebajamiento del Mediodía francés, que fué la consecuencia de la guerra de los Albigenses. Hasta el presente, los historiadores no han contado con este hecho, sin embargo tan importante, de que en el siglo XII, antes de la primera invasión de los Franceses del Norte, los Pirineos no eran considerados como un obstáculo tan formidable como lo es, aun en nuestros días, en pleno siglo de los ferrocarriles. En aquella época eran mucho más frecuentes las relaciones de la una á la otra vertiente de los Pirineos centrales que lo que han llegado á ser setecientos años después. Solían visitarse entonces de Tolosa y Carcaçona á Zaragoza y á Lérida; en ambos lados la civilización se desarrollaba paralelamente, bajo las mismas influencias, y se realizaban alianzas íntimas entre las

¹ Louis Brand, *Trois Siècles de l'Histoire du Languedoc*, p. 76.

poblaciones de las dos cuencas del Garona y del Ebro, separadas por tantos bosques, rocas y praderas. La lengua era la misma, con excepción de algunas variantes de los dialectos; las relaciones eran constantes; las brechas de las montañas accesibles á los jinetes y el mar de Cerdaña servían de vía común á los visitantes del Norte y

N.º 326. Guerra de los Albigenses.



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

del Sud. Cuando la terrible jornada de Muret, en 1213, la mitad del ejército llamado «Albigense» se componía de Aragoneses, que con su rey Pedro pasaron por los collados actualmente tan poco frecuentados del Salat y del Ariege.

Uno de los cronistas que refieren la matanza de Tolosanos y Aragoneses, dice que después del desgraciado choque «el mundo valió menos»¹. La expresión es exacta. Cuando quedó sólidamente

¹ *Les Croisades contre les Albigeois*, edición Mary-Lafon, p. 149.

establecido el dominio feudal de los Franceses en las llanuras meridionales, y el centro de gravedad de toda la comarca comprendida entre la Mancha y Mediterráneo se halló bruscamente desplazado hacia el Loira y el Sena, el valle del Ebro quedó por el mismo golpe privado de la fuerza de gravitación que le unía á los campos del otro lado de los Pirineos; la ruptura de las relaciones y cambios se hizo por ambas partes, de modo que los Catalanes y los Aragoneses permanecieron muy empuñados en su resistencia contra los Castellanos de las mesetas. La ruina de una de las mitades del mundo provenzo-catalán produjo de rechazo la ruina de la otra mitad. Puede decirse que la misma Naturaleza tomó parte en el retroceso de civilización resultante de la victoria de Simón de Montfort. Desde entonces los Pirineos se han elevado virtualmente mucho más entre los dos pueblos. Convertidos en la frontera de grandes Estados cuyos soldados y aduaneros guardan celosamente todos los pasajes, esos montes se han transformado en un muro de completa separación. El comercio ha acabado por suprimirse casi por completo, las relaciones de vecindad han cesado enteramente; apenas algunos escasos contrabandistas se aventuran sobre las altas praderas prohibidas. Se acusa á la Naturaleza de haber creado esta barrera entre los hombres, pero tal acusación es una pura mentira: el mal ha de atribuirse principalmente á los mezquinos celos, á la imbecil reglamentación de las marcas prohibidas entre los Estados limítrofes.

Por fortuna en la Francia del Norte no se unieron rivalidades de lengua, de costumbres y de religión á las luchas, ya harto rudas y complicadas de matanzas que dieron origen á los municipios. En diversos lugares concurren al movimiento circunstancias muy favorables, pero donde quiera que el poder real, feudal ó religioso se mantuvo en toda su fuerza, la clase burguesa luchó en vano para adquirir el poder. Así fué que en la Isla de Francia, donde los intereses del pueblo, bajo muchos aspectos parecían confundirse con los del rey, puesto que sus esfuerzos comunes tendían á destruir los castillos de los pequeños señores, á proteger las ciudades contra los bandidos que recorrían sus alrededores y á restablecer las comunicaciones libres entre el Sena y el Loira, las gentes de las ciudades

y de las villas esperaban en vano la recompensa del concurso de sus milicias, puestas con entusiasmo á la disposición del señor, quien, si vendió algunas cartas comunales, fué en territorios fuera de su propio dominio. Mantes y Dreux fueron las únicas ciudades á él directamente sometidas á las que hizo algunas concesiones municipales; París no recibió ninguna franquicia; precisamente por ser la capital del reino, quedó privada de todas sus libertades. De siglo en siglo y en las coyunturas más diversas, razones análogas pusieron la gran ciudad en tutela considerándola como sospechosa.



Gabinete de las Estampas.

INTERIOR DE UN MERCADO EN EL SIGLO XV

Miniatura reproducida por el bibliófilo Jacob Lacroix.
La Edad Media y el Renacimiento.

Pero la tensión económica era tan fuerte, á la vez en el mundo rural y en el mundo urbano, que sobre centenares de puntos, se hicieron tentativas, con buen ó mal éxito, para la agrupación de defensa común y de ayuda mutua entre campesinos y burgueses. Al final del siglo XI y durante el curso del siglo XII, el movimiento de emancipación tomó un carácter tan intenso y tan rápido, que se le ha podido comparar á una especie de explosión. En todo tiempo, y sin necesidad de recurrir á la existencia de recuerdos atávicos, los hombres se han unido espontáneamente en «conjuraciones», en «guildas», en «sindicatos», en «hermandades», ó como quieran designarse las alianzas entre individuos que sufren los mismos daños y tratan de librarse de la opresión. Según las ocasiones y los medios, el resultado de los esfuerzos varía singularmente, y las combinaciones más diversas fueron su consecuencia; pero en ninguna parte, necesario es consignarlo, un grupo cualquiera adquirió su completa independencia,

sin ningún acto de vasallaje, sin lazo ó tradición por la cual los antiguos señores, sus herederos ó sus rivales, no pudiesen reducir á los emancipados á nueva servidumbre.

Aparte de las ciudades del Mediodía, el primer ejemplo de una revolución comunalista en Francia es el del Mans, cuyos artesanos, muy numerosos, trataron desde 1069 de unirse en comunidad municipal con las ciudades y castillos circunvecinos¹. Pero la nueva asociación entraba en conflicto con un señor feudal demasiado poderoso, Guillermo el Conquistador, para que su empresa pudiera lograr éxito feliz: la ciudad hubo de contentarse con la confirmación benévola de «sus antiguas libertades y justicias». En el Norte de la comarca, sobre los confines de Flandes, los comuneros habían de hallar un terreno más favorable. En el año 1076, el municipio de Cambrai trató de fundarse de una manera violenta contra el obispo Gerardo II. Un predicador popular, Ramihrdus, excitó á la multitud de los artesanos á la rebeldía contra el prelado simoníaco, pero tuvo la candidez de creer en el juramento del obispo y desarmarse. Pronto la ciudad fué entrada á sangre y fuego y Ramihrdus pereció en la hoguera. Sin embargo, el impulso estaba dado: En 1101, el municipio de Cambrai, restablecido por un tiempo, se constituyó casi en república independiente: poseía un ejército y se apoderó de las rentas episcopales. Un movimiento general de insurrección se propagó por contacto, y á pesar de los anatemas nada pudo la Iglesia contra la «*Commune*, nombre nuevo, nombre detestable»². A su vez se ve á la mayor parte de las ciudades episcopales de la Picardía y países vecinos, Noyon, Beauvais, Laon, Amiens y Soissons proclamarse libres. Las ciudades condales de la misma región obtuvieron más fácilmente sus privilegios; hubo señor, cómplice á medias, que se sintió feliz de hallar en la burguesía naciente una aliada contra príncipes rivales.

El área de libertad donde las revoluciones comunales fueron la regla y transformaron la sociedad subordinando los obispos y los príncipes á la burguesía, se extendió, al norte de la Isla de Francia,

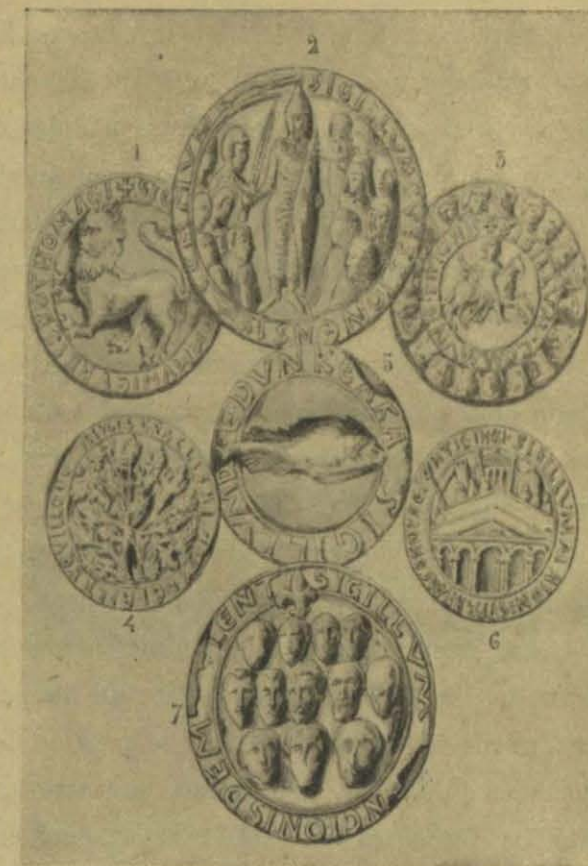
¹ A. Luchaire, *Les Premiers Capétiens*, «Histoire de France», de Ernest Lavisse, t. II, 2.ª parte, p. 348.

² Abbé Guibert de Nogent, citado por A. Luchaire, *Les Premiers Capétiens*, p. 349.

en las cuencas del Oise, del Aisne, del Somme, del Lys y del Escalda, que eran las comarcas más industriales y más comerciales de la Europa occidental, y allí, por consecuencia, debía nacer el nuevo estado social. Ya, durante el período de la ocupación romana, los ribereños del Escalda

eran hábiles en el tejido de telas de lino y preparaban el *birris*, que se exportaba hasta más allá de los Alpes. Los «prados salados» que bordean el litoral eran á propósito para la cría del carnero, y los habitantes podían fácilmente recoger la lana en cantidades muy superiores á sus propias necesidades; de ahí nació espontáneamente la industria pañera. «Los paños frigos de la alta Edad Media no son, bajo otro nombre, sino los paños fabricados en la época romana por los Morins y los Menapios»¹. Eran bien conocidos en las ferias

de Saint-Denis desde los tiempos merovingios; después se les exportaba por cargas considerables por los ríos de Bélgica hacia el centro de Europa, mientras que por mar se expedían á la Gran Bretaña y á Escandinavia. Tal fué el principio de la prodigiosa fortuna de las ciudades industriales del norte de Francia y de Flandes.



Archivos Nacionales.

SELLOS DE MUNICIPIOS

- | | |
|--------------|---------------|
| 1. Ruan. | 4. Maubeuge. |
| 2. Soissons. | 5. Dunkerque. |
| 3. Dijon. | 6. Pontoise. |
| | 7. Meulan. |

¹ H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, t. I, p. 5, véase también ps. 171-179.